



# La quinina, la riqueza de la flora del Perú. La construcción de un imaginario nacional a partir de un elemento regional

Artículos originales: HISTORIA

Recibido: 16/09/2021

Aprobado: 13/10/2021

Publicado: 11/05/2022

**Susana Aldana Rivera**  
Pontificia Universidad Católica del Perú  
Universidad de Esan  
[saldana@pucp.pe](mailto:saldana@pucp.pe)

## RESUMEN

Se toma a la quinina y su explotación para la segunda mitad del siglo XVIII a modo de ejemplo de cómo se construyen y se reconstruyen las representaciones y los imaginarios nacionales en un momento dado. Para la época mencionada, la quinina se convirtió en un producto bandera del norte del virreinato del Perú y se constituyó en un elemento presente y definidor del escudo nacional peruano. En el medio, están los cambios de sistema que históricamente se decantan con la independencia y que suponen la construcción de un nuevo tipo de relaciones humanas (modernidad) que conllevan la república, la nación y el estado nación. La base para la reflexión es perfilar la demanda en la vuelta del siglo XVIII- XIX de lo que luego se conocería como materia prima (siglo XX) y las formas de inserción de los agentes sociales en un consenso internacional europeo a partir de un mercado que le permita participar del sistema liberal capitalista en construcción. Para 1800, en la localidad, la región, la nación, Sudamérica y finalmente, el espacio internacional ya se insinúan situaciones de realización económica en términos de la construcción de un mercado internaciones que se visibilizan a lo largo del tiempo hasta llegar al apogeo global contemporáneo.

**PALABRAS CLAVE:** quinina, Perú, imaginario nacional, nación, región.

## Quinine, the richness of Peru's flora. The construction of a national imaginary from a regional element

### RESUMEN

Quinine and its exploitation during the second half of the 18th century are examples of how national representations and imaginaries are built and rebuilt at a given moment. During this time, quinine became a flagship product in the north of Peru's viceroyalty, considered a defining element of the Peruvian national coat of arms. In the middle, there were system changes that historically favor independence, supposing the construction of a new type of human relations (modernity) that the republic, the nation, and the nation-state entail. We analyze and outline its demand in the 18th-19th century for what would later become known as a commodity (20th century) and the insertion of social agents in a European international consensus from a market that allows participation in a liberal capitalist system under construction. By 1800, in the locality, the region, the nation, South America, and finally, the international space, situations of economic realization were insinuated in terms of the construction of an international market that became visible over time until reaching the contemporary global apogee.

**KEYWORDS:** quinine, Perú, national imaginary, nation, región.

Cuentan que al llegar al Perú, la joven marquesa de Chinchón se enfermó de terribles fiebres, que no había cómo curar. Y eso que se convocó al médico personal del virrey y a cuánto médico había en la capital del virreinato. Pero no se encontraba la cura para las fiebres que la consumían. Hasta que, según se dice, un sacerdote llegado a Lima se apiadó de la virreina; este hombre de Dios había estado por la sierra y la selva y había aprendido las artes de los médicos andinos locales; él la curó utilizando yerbas. Otros dicen que en realidad, el sacerdote la puso en contacto con el curandero local que la sanó utilizando sus yerbas y sus conocimientos. Otros más dicen que fue en Ica y otros bastante bien al norte, en Quito, aunque por cierto la marquesa no se movió de la capital del virreino. Pero en todo caso la cura fue con un médico que se habría formado en esas tierras y todas las narraciones de la anécdota coinciden en que los hechos sucedieron hacia 1638<sup>1</sup>.

De esta narración aprendemos cuando fue que se dio espacio a la medicina andina en las altas esferas del poder aunque nunca tuviera un reconocimiento visible; localmente y a soto voce se sabía que más valía atenderse por el médico andino que por el criollo-español, más barberos que médicos. Pero también nos indica cuando fue que se inicia la demanda por los productos americanos, particularmente la quinina. Su uso, por descontado, debe haber sido continuo, con o sin españoles, pero solo es a partir del siglo XVII cuando comienza una comercialización que traspasa los límites americanos; cuando se «descubrió» las cualidades febrífugas de la quinina, quina o cascarilla. En realidad habría que esperar los grandes cambios del siglo XVIII con la Ilustración y las innovaciones tecnológicas para que la demanda de la quinina se disparara y también el interés de la corona por todos los productos de la tierra. Las informaciones geográficas son un buen signo de la búsqueda de estos productos en proceso de ser convertidos progresivamente en materias primas<sup>2</sup>.

1 Antonio Brack (2021) narra la historia de la quinina en un texto de difusión.

2 Desde este momento, la demanda de la quinina no ha hecho más que aumentar en el mercado internacional. La malaria y las tercianas tuvieron finalmente cura aunque también se sabe de su efecto negativo sobre el hígado. Pareciera que su consumo hubiera desaparecido pero en realidad se ha trasladado al aguas tónicas y aguas gaseosas cuyo burbujeo se debe a dosis interesantes de quinina. Ver al respecto, el artículo González Reyes, Ana (et al) (2015). «Caféina

De aquí que analizar históricamente esta planta sea muy interesante a causa de las construcciones identitarias que ha permitido y los simbolismos que establece. Por más que es una planta que se encuentra en todas la zona de ceja de selva de los Andes y que la mejor y más representativa estuvo en Loja, por lo común, es reconocida como «un alcaloide amargo, que se obtiene de la corteza de un árbol peruano»<sup>3</sup>. La importancia de la negociación de la quinina desde el Perú estableció una suerte de representación mental que determinó que esta planta pasara a ser parte constitutiva del escudo nacional peruano como un signo de la riqueza de la flora nacional. El imaginario peruano traspasó las fronteras nacionales y se estableció como una arena común a escala occidental: la quinina es peruana.

Recordemos que las representaciones de una sociedad se expresan en símbolos y signos y traducen un imaginario social que responde a los anhelos, las expectativas y las voluntades de los múltiples actores sociales<sup>4</sup>. El escudo nacional peruano está enmarcado por los colores blanco y rojo, los colores patrios, y presenta las grandes riquezas del Perú: la vicuña es el signo delicadamente imponente de la riqueza animal; la quinina o cascarilla, la muestra de la gran riqueza y diversidad de la flora peruana y la cornucopia de oro donde el constante y continuo manar de las monedas

y quinina en bebidas refrescantes; contribución a la ingesta dietética» En: *Nutrición Hospitalaria*, 32(6) :2880-2886. Resaltemos que la mayoría de los estudios de la quinina vienen desde el campo de la medicina; como el estudio botánico histórico de la farmacéutica P. Jiménez-Alfaro Ortego (2019) *Historia de la quina: de la lucha contra la malaria a la aparición de la tónica*.

3 La cita ha sido tomada de un artículo de periódico sobre como en España no se advierte de los riesgos del uso de la quinina en el cual la establece como peruana. Ver: <http://www.webconsultas.com/dieta-y-nutricion/dieta-equilibrada/los-refrescos-que-se-distribuyen-en-espana-no-informan-de-los-pe>.

4 Teoricemos con Farell, retomado por Mora (2002: 7) y señalemos que las representaciones sociales son sistemas cognoscitivos que tienen una lógica y un lenguaje propio; no son simplemente imágenes de o actitudes hacia sino en realidad un conocimiento que sirve para descubrir y organizar la realidad. Es un sistema de valores ideas y prácticas que permiten a los individuos orientarse en y dominar su mundo material y social pero también posibilita la comunicación entre los miembros de una comunidad pues les ofrece un código para el intercambio social y otro para nombrar y clasificar los diversos aspectos de su historia individual y grupal. Por su parte, los imaginarios son esquemas mentales que las sociedades construyen para percibir como real lo que cada sistema social considere real, explicarlo e intervenir en ello. Ver Fressard, Olivier. 2006. El imaginario social o la potencia de inventar de los pueblos En: *Revista Transversales*, n°2. [Recuperado: <https://web.archive.org/web/20080513023732/http://www.fundatin.org/fressard.htm>].



de oro son un signo indubitable de la riqueza mineral del país.

El asunto nos remite en primer lugar, a las construcciones identitarias y económicas de una nación. Los símbolos patrios son representaciones de las expectativas de bienestar común y de las realizaciones y voluntades cohesionadoras de sus ciudadanos. Detrás de este escudo y sus imágenes, podemos analizar la construcción de una forma de vida peruana; construcciones que responden a una suerte de acuerdo nacional entre las diferentes regiones del Perú que normalmente se ha invisibilizado. Este segundo posible punto de análisis se sienta sobre las complejas relaciones, vínculos y acuerdos de regiones que sistémicamente se organizaron en una macrorregión que cruzaba los límites nacionales del hoy Perú y Ecuador. El norte peruano que abarcaba desde Trujillo fue el espacio desde donde se extrajo el grueso de la quinina que entró en la concertación y negociación con otro poderosos espacio macrorregional como Arequipa cuya actividad central fue la producción de lana para finalmente, encontrarse en Lima, la capital burocrática del país cuya infraestructura quedó representada en su cornucopia de oro. Representado por un escudo, la quinina, la vicuña y la cornucopia de oro refleja también procesos históricos que involucraron y siguen envolviendo al Perú republicano.

Pero hablar del Perú nos remite a su vinculación y su inserción como país en el concierto internacional sudamericano y mundial fundado en la construcción de sociedades liberales capitalistas. Un tercer posible análisis que nos remite a Durkheim (1858-1917) y el gran problema propio de las nacientes repúblicas que sigue siendo medular, ¿qué nos mantiene unidos y partícipes de nuestros países? Una interesante preocupación que ya para 1864 estaba presente y que se hace presente en las narrativas de la independencia que realizan personajes como el guayaquileño Manuel Fajardo quien señala «solo la larga experiencia adquirida en los amargos sufrimientos y reveses, es la que enseña a adoptar lo que es útil y conveniente para afianzar el bien procomunal»<sup>5</sup>. Publicada en Lima y poco reconocida la preocupación que cruzaba la población sudamericana, fue asumida desde Renán

y su clásico discurso sobre la nación (1884), el plebiscito cotidiano: la decisión diaria de pertenecer y mantenerse como partícipe de un estado dado.

Por tanto, partiendo de lo local y tomando como excusa el escudo reflexionar sobre las relaciones identitarias de un país como Perú, pero sobre todo las que genera la construcción del nuevo orden económico nacional que se refleja —y modula— en las relaciones sociales y económicas regionales y a la vez, se inserta un sistema industrial que terminará guiando el mundo. La quinina es la excusa para perfilar ese proceso que lleva desde lo local a lo nacional, de cómo se construyen nuestras naciones a través de acuerdos regionales que se explicitan de manera nacional y, a la vez, se tienen que insertar dentro de la nación que debe insertarse en un consenso internacional europeo; un mercado que le permita participar del sistema liberal capitalista en construcción: finalmente el cómo un producto de la tierra se convierte en materia prima y el impacto social local.

Primero se explicará el drama local que significa el cambio de la tendencia en las formas de negociación de la quinina para fines del siglo XVIII con la definición de formas ya bastantes capitalistas y el tipo de realización mercantil para luego pasar a preguntarse cuál es la implicancia humana en el comercio local que requiere alcanzar un nivel nacional. En este nivel, se repiten las mismas situaciones en cuanto realización económica que la región pero en términos de creación de un mercado internaciones que inicialmente es muy sutil y solo se hará visible para 1900.

Parto, así, de casos regionales de las sierras norteñas en la vuelta del siglo XVIII-XIX, en el momento en que lo establecido y lo nuevo se encuentran, se enfrentan y se equilibran. Y, a manera de cascada, reflexiono sobre cómo impacta la relación local-virreinal pero con una visión distinta de para qué sirven los productos: de ser productos de la tierra de uso cotidiano y corriente en un mercado de abasto y consumo local, regional y hasta virreinal se convierte en lo que llamaremos y conoceremos ampliamente como materias primas a lo largo del siglo XIX. La quinina era un bien —y sigue siéndolo— muy demandado dentro de las economías occidentales que terminó siendo identificado con el Perú como un signo de la riqueza de su flora.

5 Ver la selección de documentos sobre la independencia editados por Abel Romeo Castillo: «Reseña de los acontecimientos políticos y militares del departamento de Guayaquil desde 1810 hasta 1823 (Lima, 1867)». Pp. 45-79. La cita en la página 45

## La negociación de la quina y los grandes cambios del siglo XVIII

La quinina es un producto que comenzó a ser explotada y comercializada desde prácticamente el momento en que fue descubierta para los europeos. Y para el siglo XVIII ya era una corteza de fuerte demanda, lo suficiente como para impulsar que en 1768 se estableciera la obligatoriedad del envío de una remesa anual a las Boticas Reales de Madrid; por tanto, tenía un sistema de producción y abastecimiento muy bien establecido desde el siglo XVII. Sin embargo, justamente hacia mediados del siglo XVIII comienzan a hacerse visible los grandes cambios que han sido denominados reformas borbónicas. Una etapa de cambios que preparan el tránsito hacia el apogeo del sistema liberal en los años por venir; no es casual que Moya señale dos momentos para la producción exitosa de quinina en el Ecuador: entre 1750-1775 en que el eje es Loja y de 1775 a 1787 en que Cuenca toma su lugar. Casualmente el momento en que se abrirá la producción de múltiples lugares en el espacio del Perú.

Gracias a Alba Moya (1994) y Alfonso Anda Aguirre (2002) se tiene un panorama bastante completo de lo que fue la quinina en el Ecuador durante la etapa virreinal; se ha profundizado el camino que Petitjean y Saint Geours (1983) marcaron sobre este producto. Y es interesante que el grueso de los trabajos que hay sobre el tema sean objeto de estudios desde el Ecuador mientras poco interés ha habido desde el Perú. Por cierto que finalmente la producción más importante e inicial se fundaba en la explotación de los árboles de Loja. Su corteza era considerada como la de mejor calidad, la más pura y por tanto tenía mucha demanda. Poco o nada se ha trabajado en el caso peruano; referencias en estudios de más amplio espectro porque la definición de la región y su funcionamiento ha sido el interés mayor (Aldana 1998, Hernández 2008).

Sus propiedades febrífugas la convertían en un producto con muy alta demanda en el creciente mercado en una Europa cruzada de batallas y guerras donde la gente se moría más de las fiebres por la infección que por la violencia en sí. De allí que la Botica Real de Madrid rápidamente estableciera un monopolio y que controlara el acopio, el almacenaje y sobre todo, la distribución del producto. La Botica

recibía anualmente un envío que servía para cubrir la demanda de la península. Pero la demanda fue creciendo tanto en la Botica como fuera de ella; la Europa no española también buscaba beneficiarse de este producto. Oficialmente se enviaba el mejor producto y éste era sin lugar a dudas el de las «manchas» de cascarilla alrededor de Loja; el envío anual era extraído desde Uritusinga y otros montes cercanos. Tan bueno era el negocio que la corona misma intervino; intentó proteger la producción de cortezas y de los bosquecillos que para mediados de la segunda mitad del siglo XVIII eran visiblemente sobre explotados. Pero también porque necesitaba controlar los excedentes que generaba su comercio.

Sin embargo, poco o nada pudo hacer. Desde 1740 en adelante y por la demanda, los grandes comerciantes de la zona norte del virreinato tuvieron a la cascarilla como, quizás, el producto más importante. Por más que la Corona intentó proteger oficialmente el estanco y la producción de quinina, estas normas debieron servir de muy poco. Las normas y el estanco fueron recurrentemente burlados ante los afanes de los mercaderes norteños: la negociación de la cascarilla lojana fue con la del tabaco; el primero un producto que la Corona intentó explotar monopólicamente y el otro, considerado una droga en la época y por tanto prohibido. Ambos, sin embargo, se convirtieron en uno de los contrabandos más fructíferos en el norte mientras duró la fuerte demanda. La quinina decayó en calidad aunque mantuvo una demanda constante que determinó una ampliación en la búsqueda de dichas «manchas», como vemos, y el tabaco, a pesar de ser fuertemente controlado, pasó a ser aceptado para 1800 y legalizado en la temprana república<sup>6</sup>.

Normalmente los grandes mercaderes provinciales comerciaban un conjunto de pequeños productos cuyo volumen era bastante amplio que eran intercambiados a lo largo y ancho del camino; no se enviaba solamente a un destino final sino por el contrario, se aprovechaba el tráfico de hombres y animales de pueblo en pueblo para el envío de artículos más bien pequeños y de uso bastante más local como un saco frejoles o clavos de hierro. La comercialización

6 Sobre el tabaco, ver la revisión general de Olivera, J. R. (1970: 56) quien demuestra cómo el tabaco era un producto ampliamente americano por cuanto se encuentra restos de su consumo desde por lo menos 3000 años aC por la cultura Guañape.



era constante de un conjunto de productos que eran enviados a un pueblo en el que recibía alguien perteneciente a la red mercantil del que enviaba; a su vez, los mezclaba y entremezclaba con productos locales y seguían la ruta al siguiente pueblo. Así, los productos de una región se movían en un muy amplio espectro y quizás, hasta perdían la identificación de origen.

En todo caso, la producción de la cascarilla era bastante fácil de obtener: ni se la sembraba ni se la cultivaba, sólo debía ser recogida o, mejor dicho, arrancada de los árboles; en realidad, se cortaba la corteza del árbol y esta era la que se negociaba. Después de un tiempo y si se cuidaba de los árboles, estos naturalmente recuperaban la corteza y podían ser nuevamente utilizados. Por tanto, se requería una inversión mínima de capital y de mano de obra para explotarla y por lo mismo, esta explotación tan sencilla cuan básica, aseguraba bajos costos de producción. Justamente lo opuesto a otros productos agrícolas que generalmente eran primero, cultivos y luego estacionales, perennes o semiperennes, que requerían de una siembra y de cuidados diversos hasta su cosecha. Por tanto, las fluctuaciones del mercado afectaban poco a esta producción: el tiempo que transcurría entre la recolección de la quina y su venta era el que se daba entre los meses de acopio y el de la distancia de colocación en los mercados.

De hecho en su negociación a lo largo de la etapa virreinal, todos los actores sociales tenían espacio. Como veremos, los indios locales eran los que conocían los mejores lugares y también donde se encontraba la mejor cascarilla; ellos eran los que se encargaban de la producción local y sabían cómo protegerla y acondicionarla adecuadamente. Un personaje importante era el sacerdote local: primero porque estaba encargado de cuidar la salud espiritual de su rebaño que incluía a todos, desde el indio hasta los criollos y las autoridades. Pero también por el peso de la representatividad de un sacerdote entre su grey porque reunía y concitaba un poder como el eclesial que la misma corona española había permitido y concedido importancia y que, finalmente y a su vez, la Iglesia como institución le transfería todo hombre de Dios. Más aún entre los indios, el poder del sacerdote era prácticamente omnímodo; por lo general, este personaje estaba imbuido de ideas y la función de proteger a su rebaño de indígenas. Desde aquí su progresivo entronización como elemento articulador

y mediador de los indios (sus indios) con el mundo burocrático criollo-español: la defensa de sus feligreses era un elemento medular, social, político y económicamente. Por cierto, muchos sacerdotes llegaron a transitar a ser verdaderos comerciantes encubiertos y negociaban por el conjunto local —que ellos encabezaban—. En los límites del norte, quizás Juan Santos Atahualpa pueda ser considerado un ejemplo máximo del enfrentamiento de los indígenas contra órdenes regulares, como los franciscanos; conocida es que protestaban contra la intromisión clerical en la vida económica indígena de la ceja de selva<sup>7</sup>.

Por su parte, los comerciantes son agentes fundamentales de la realización económica pero sobre todo social: en el caso del norte, las redes humanas son densas y muy extensas y se constituyen hasta hoy como las bases sobre las que se arma primero la región y luego la nación. De este mundo, más bien criollo y de realización agromercantil, salían las autoridades y se consolidaban sus intereses. Porque en verdad, poco podían hacer los indios locales frente a la presencia agresiva de comerciantes foráneos que contaban con el apoyo de las autoridades también externas a la región, como veremos. Comerciantes que desarrollaban otro tipo de prácticas mercantiles y que incluso hasta los mismos comerciantes establecidos y locales resintieron. Porque hay que recordar que una cosa es negociar con productos de la tierra —de consumo local, regional y hasta virreinal— y otro, con materias primas que se fueron constituyendo como las ruedas sobre los que corre la cadena del consumo capitalista.

La cascarilla cortada era bien acondicionada para comenzar el largo viaje que tenía que realizar. Pues si no se cumplía con toda una serie de procedimientos para protegerla, después de un tiempo, la corteza se malograba, perdía «fuerza». Bien empetacada, la quina se demoraba un buen tiempo en malograrse; el suficiente como para acometer las rutas de reata

7 Quizás el trabajo más reconocido y pionero del tema fue el de Stefano Varese, *La Sal de los Cerros. Notas etnográficas e Históricas sobre los Campa de la Selva del Perú* (Lima: Universidad Peruana de Ciencias y Tecnologías, 1968), un trabajo marcadamente antropológico. Un libro reciente sobre este espacio, el de Eliseo Talancha, *La Serpiente verde. Historia de la carretera Huánuco- Tingo María- Pucallpa y otras vías de comunicación en la región centro oriental del Perú* (Huánuco: Amarilis, 2021) ofrece una visión de largo aliento sobre los distintos esfuerzos en el tiempo por construir una carretera de articulación de la zona bajo el gobierno virreinal español o bajo la burocracia republicana.

abajo, cruzando sierra que eran —y son— muy difíciles. Vencer los caminos de herradura en el tránsito por la sierra en épocas de lluvia, realmente resulta y resultaba épico por lo peligroso, por lo farragoso del camino y por lo esforzado del traslado.

Un problema de dimensiones era la comercialización en sí misma pues había que trasladar esta corteza desde el lugar de producción en las sierra profundas hasta el puerto; sea desde Loja y la sierra de Piura, Huancabamba y Ayabaca, hasta Guayaquil o Paíta o desde Jaén o Chachapoyas hasta la costa, Trujillo y hasta Lima, Callao. Finalmente sacar cualquier problema desde el otro lado de los Andes siempre ha sido complicado. Desde los almacenes de puerto, tenía que continuar camino hasta su mercado final en España. Conforme la demanda aumentaba y se recortaba la producción lojana se comenzaron más «manchas» de árboles de cascarilla en zonas del ahora espacio peruano como Jaén y Chachapoyas y en algún tiempo, se las encontraría y explotaría en Huánuco y hasta en Cusco; es decir, por toda la ceja de selva centroandina. Y los casos que presento ocurren en esta sierra del norte peruano, desde Cajamarca hacia adelante, sea para la década de 1790 y luego en torno a 1806, justamente en los inicios de todo el proceso de creación republicana.

Pero en general, del puerto principal, sea el Callao o un puerto intermedio, la cascarilla era reembarcada hacia Cádiz en España. Un viaje que resultaba realmente toda una aventura de realizar. Como siempre, no solo la distancia sino sobre todo en esfuerzo de comerciantes y arrieros y en particular, la complejidad de cruzar por tierra Panamá si se tomaba la ruta marítima del norte y si se lograba embonar al Estrecho de Magallanes hacia el sur; no todos los meses eran los adecuados para navegar al océano Atlántico. En general, la ruta de salida de la cascarilla era a través de las costas pacíficas, hoy ecuatorianas y peruanas, pues por lo común, los comerciantes enfilaban hacia Panamá; cruzaban a mula el istmo y finalmente, volvían a embarcar los productos.

De allí que fuera muy importante el empaque del producto pues solo llegaban a cruzar el océano aquellos productos que podían aguantar el suficiente tiempo sin dañarse. Por eso la importancia del buen acomodo de estas cortezas aunque también hay que reconocer y, en general, que también se tenía que acomodar muy bien el cacao, el café y el taba-

co. Inclusive, recordemos que los barcos no contaban con la mejor infraestructura; los productos se mojaban con facilidad y se sabe que solía haber un porcentaje de merma significativo. Por eso, para la explotación de la quinina entraban en juego los intereses de poderosos agentes sociales como la élite de la sociedad y los grandes comerciantes en particular. Aunque localmente, como se ha visto, participan los medianos comerciantes como acopiadores, la iglesia a través de sus sacerdotes y sobre todo, los indios, productores del artículo.

Como producto de la tierra, la demanda de la quinina se incrementó para el siglo XVIII; como se ha dicho. Es decir, si bien tenía mercado, la quinina formaba parte de ese conjunto de productos agrícolas, producidos desde el espacio local para el abastecimiento regional y virreinal del de Perú y otros mercados intermedios en otros vicereinos. Conforme la demanda aumentó hacia mediados del siglo XVIII y se sobre explotaban los arbolillos de quina, la producción lojana comenzó a disminuir. Los comerciantes se volcaron, por tanto, a buscar otras «manchas» de árboles de cascarilla en zonas del espacio peruano, como Jaén y Chachapoyas y, algún tiempo, se las encontraría y explotaría en Huánuco y hasta en Cusco; es decir, por toda la ceja de selva centroandina. Pero la preeminencia de la producción y el circuito comercial más importante estuvo en el norte del Perú y eran los mercaderes de esta zona los que dominaban el comercio de la quinina, como se verá luego.

De allí que se disparase la búsqueda de un producto de tan bajos costos de producción y tan altos réditos de ganancia. Para 1790 comienza a declinar el comercio de la cascarilla de Loja y, como consecuencia, el de los circuitos mercantiles piuranos y norteños vinculados a ese tráfico; los grandes comercializadores desplazan a los medianos y a los locales. Una anotación en el diario de Humboldt<sup>8</sup> resulta reveladora: mientras que en 1782, la arroba de cascarilla costaba entre 8 y 19 pesos en Huancabamba, para 1790 prácticamente había desaparecido este comercio. La gente señalaba que había perdido valor en Europa pero la realidad fue que comenzó a producirse cascarilla de múltiples partes; un tema de mayor mercado para una producción medianamente constante.

8 Ver la traducción de sus notas de viaje en Vegas Vélez 1992.



Pero para este momento, los comerciantes criollos o peninsulares comienzan a tener el control del comercio de la cascarilla: recién llegados a la región a partir de mediados de la segunda mitad del siglo XVIII, o como parte de una red mercantil que favorecía a los peninsulares, como veremos en los ejemplos. Si bien la quinina tuvo mercado en Europa desde el siglo XVI, se manejaba inicialmente via monopolio español. Pero luego, con los grandes cambios del siglo XVIII, se comienza a ampliar el mercado y la expansión de la demanda bajo nuevas condiciones de realización económica; el destino de la quina quedó marcado su destino pues rápidamente se generó primero y sobre todo, una sobreexplotación que acabó con la cascarilla de Loja. La Botica Real de Madrid intentó, sin éxito, contar con el apoyo de la corona para evitar el descalabre de su abastecimiento. Pero la presión sobre los árboles hizo que éstos no tuvieran tiempo para regenerar la corteza y simplemente murieran. El fin de Loja como productor, lanzó a todos a la búsqueda de «manchas» de cascarilla por todo el territorio virreinal; búsqueda que llevaría incluso a plantíos de árboles.

Pero el principal problema para su explotación —como para casi toda actividad económica criolla— fue la falta de mano de obra; los trabajadores indígenas no eran suficientes sobre todo para el momento en que comenzó el incremento de la demanda. Los nativos tenían su ritmo de producción que no necesariamente era acorde a la rapidez de la creciente demanda y se quisiera o no, se tenía que negociar con ellos pues eran los conocedores de cómo recolectar la quinina y también, donde estaban las manchas de cascarilla y sobre todo como llegar esas alejadas y difíciles zonas de acceso. Al inicio de la producción, se quisiera o no, se tenía que recalar sobre la población indígena local que, veremos, no estaba tan dispuesta a permitir una explotación que los dejaba fuera del juego. Pero los aviadores-comerciantes comenzaron a traer población esclava o contratada de la costa; los problemas no tardaron porque los locales no estaban dispuestos a permitir esa doble intrusión: acceso a la producción y mano de obra foránea. Como el caso de los comuneros de Jomalca, cerca de la sierra de Cajamarca a fines del siglo XVIII e inicios del siglo XIX, una muestra de cómo pudo ser la respuesta social en cualquiera de los pueblos que iba en este espacio de Loja a Huancabamba; finalmente esta transver-

sal de Huancabamba era el eje en el que se apoyaban toda esa Antigua gran región que se explayaba desde Cuenca en el sur del Ecuador hasta Trujillo en los límites de la costa central del Perú.

### Los ejemplos locales

El proceso de construcción a lo que luego serían las repúblicas se inician bastante antes que la independencia: comienzan a mediados del siglo XVIII de la mano con la Ilustración y los cambios tecnológicos de la revolución industrial y ello se refleja en la vida cotidiana. Porque se transita en múltiples modos de vida y uno de ellos, es la manera de realizarse mercantilmente. Mientras que hasta fines del siglo XVIII, la producción y la comercialización de la quinina estuvo en manos por así decirlo, de locales, «dueños» del bien, a partir de la etapa la cascarilla se convirtió en un bien demasiado atractivo a los grandes comerciantes peninsulares, deseosos de ampliar sus ganancias ante la demanda creciente ya no solo por la Botica Real española sino por todas las boticas de Europa. Los problemas son visibles localmente y poco o nada se enteraban las autoridades locales -y es de preguntarse si querían hacerlo. Se verá cómo las autoridades mismas eran las que aceptaban la presencia de foráneos. Solo había reacción si había un poderoso señor local o sacerdote realmente imbuido de ideas de protección a su rebaño. Porque poco o nada podían hacer los indios locales (más por locales que por indios) frente a la presencia agresiva de comerciantes foráneos, que desarrollaban otro tipo de prácticas. Hasta los mismos comerciantes criollos establecidos resentían la competencia.

Por ejemplo, señalemos algunos casos de comerciantes locales que terminaran cediendo espacio a los nuevos vientos. En 1779, Matías Joseph de Valdivieso era corregidor de Piura y hermano del corregidor de Loja, Pedro Javier de Valdivieso, quien casualmente era el abastecedor de la cascarilla a la Real Botica de Madrid. Este corregidor la compraba y la acopiaba desde Huancabamba y Ayacaba mientras su yerno, Juan Antonio Martínez, fungía como agente comercial en la ciudad. Es muy poco probable que no conociera a otro comerciante como Espinoza de los Monteros, familia de mercaderes piuranos, que también desarrollaban estrategias semejante —y

quizás hasta más agresiva— y en paralelo a la de los Valdivieso. La negociación era semejante<sup>9</sup>.

Espinosa también tenía parientes y era también aviador de la Botica Real. Estos mercaderes desarrollaban una excelente realización comercial y una impecable estrategia mercantil: se servían de los vínculos de parentesco para establecer el perímetro de su negociación y de ese modo establecían los límites de la región. Espinosa tenía a su cuñado en Cuenca; nada más y nada menos que el poderoso mercader don Miguel de Arméstar. Español llegado a Piura cuando joven, que fue incorporado al clan del mercader piurano y aviado localmente gracias al matrimonio con la más pequeña, Da. Mercedes Espinoza de los Monteros, quien gozaba ya del prestigio del ascenso socio-económico de su familia y estaba entrenada dentro de los hábitos y virtudes del comercio local piurano-cuenca.

Un poco más allá, justamente en el espacio clave de Loja, tenía a su hijo, ilegítimo por cierto pero no por ello menos reconocido localmente. El era el que se encargaba de un primer acopio de cascarilla y en general era el que supervisaba todo el comercio y los productos de su clan que pasaba por la Transversal de Huancabamba a Loja. No olvidemos que el mercader no tenía un solo vínculo sino varios.

Como los Valdivieso, uno asentado en Piura y otro en Loja, Espinosa también desarrolló un cúmulo de relaciones para con las tierras bajas, por la costa y en camino de valles hacia Lima, había logrado casar a su sobrina con un de la Guerra, bien ubicados socialmente, poderosos comerciantes lambayecanos-trujillanos, que también se realizaban hacia la sierra cajamarquina y que contaban con vínculos mercantiles reconocidos para Lima y los grandes mercaderes capitalinos: la negociación estaba perfectamente protegida y cubierta.

Démosnos una idea de la negociación. Un envío podía ser como el de don Gregorio, quien contrató con don Josef de la Carrera, vecino de Loja, para que le vendiese 25 qq. de fierro, 5 qq. de vergajón o hierro, 1 q de acero, 2 resmas de papel, 2 libras de canela de China y una plancha de bruñir ropa, y además combinó el negocio con la compra de cascarilla lojana, pero sobre todo con azúcares y raspaduras de

Sosoranga. La fecha es hacia 1800 y la cascarilla lojana ya no tenía buen mercado; 901 ps en esta pequeña y cotidiana realización a la que se debe agregar los costos de flete y demás gastos.<sup>10</sup>

El negocio está en el volumen de operaciones realizadas; la gestión del comerciante era constante y continua. Y hay relaciones de comercio que resultan interesantes como cuando uno percibe que los productos del grupo si bien tienen un dueño formal pues cualquiera de la familia podía utilizarlas para agrandar la negociación y el beneficio del conjunto. Como cuando para 1799, Don Miguel de Arméstar, negociador de algunas petacas de cascarilla y algunos fardos de algodón desde Tangarará, le escribió a Espinoza hijo pidiéndole que le avisara a «...*como corre el ganado que sacan de sus partidos los diezmeros que necesito alguna partida para Máncora...*»<sup>11</sup>. Es decir que utilizara sus animales en su favor; probablemente manejaran cuentas entre ellos o algún tipo de registro.

Poco se ha estudiado en verdad como son las prácticas mercantiles porque se asumen que son semejantes a las que nosotros desarrollamos actualmente. Pero estas sociedades eran en realidad complejos agroganaderos que impulsaban una negociación fundada más en vínculos humanos y emocionales que sólo capitales; lo cual no impide que las actividades se expandan en todo sentido productivo: ganados y cultivos. Hasta ese momento la negociación pasaba siempre por el avío, una manera de comerciar en que se compartía el riesgo de la actividad y en la que, como hemos dicho, todos los actores sociales tenían espacio de acción. Aunque por supuesto siempre hubo espacio para la explotación pero en general, sus identificaciones, sus prácticas de vida y simbolismos eran distintas a los nuestros.

Por tanto medimos el horror a los cambios tipo reformas borbónicas por las respuestas locales a los intereses modernizadores de la corona española. Desde arriba, desde la autoridad, suelen ser mal llevados pero si son impulsados localmente por un personaje como el Obispo Baltazar Martínez de Compañón, el asunto es diferente. Este obispo puede ser tomado como un punto de quiebre en la cultura de la región

9 Las afirmaciones las hago a partir de mi larga experiencia trabajando región y comercio. Ver mis trabajos, sobre todo Aldana, 1998

10 ADP, CA, l.11, exp.204, 1809

11 ADP, Intendencia civil, leg. 17 expte 300, f.18, 1799 que establece las cuentas de don Manuel Espinosa Aguirre en los intereses de regidor don Miguel Arméstar.



pues presencia implicó fuertes modificaciones en la vida local; finalmente era un ilustrado y estaba imbuido de todo lo que el movimiento de la Ilustración significaba y su voluntad modernizadora es un buen signo de la época. Esas presencias que impulsan ideas que se expanden a una velocidad asombrosa y en este caso, todo el norte del virreinato del Perú y del sur del Ecuador; con ellas, se establecieron distintas formas distintas de realizarse económicamente y hasta de pensarse socialmente: no eran más ni súbditos ni vasallos sino hombres que debían actuar en libertad. Incluso productos que hasta ese momento habían sido de recolección como el algodón, la cascarilla, el cacao y el lino son promovidos como cultivo; hasta se aconseja el plantío de árboles para ampliar las producciones agrícolas de la quinina.

Los locales resienten el nuevo tipo de competencia y que la Corona no los proteja sino por el contrario, las autoridades —generalmente foráneas a la localidad— estén coludidas con los recién llegados. Queda claro en las quejas que levanta Julián de la Vega y Cáceres quien se señala vecino de Chachapoyas y que en 1786 reclama los derechos de una «mancha de cascarilla que descubrió a costa de su dinero y diligencias personales que hizo en los montes que llaman de dichos Naranjos que son de su Magestad»; un espacio un poco más al norte. Según lo que señala, estos arbustos de cascarilla estaban en una zona por completa despoblada y retirada hasta en ocho leguas de cualquier pueblo de indios. Vega señalaba en su queja al subdelegado que él había tenido que recorrer estas montañas desiertas e intransitables y que como en la doctrina (pueblo) de Olleros era muy difícil conseguir jornaleros pues tuvo que ver de traerlos desde fuera. Es más señalaba que las montañas no tenían más dueño que el rey y que el «servicio publico que a hecho mi parte en descubrir dicha montaña a manera de un descubridor de mineral de plata u oro!». Agrega incluso que si el cura quiere apropiarse porque no lo descubrió antes y usó su dinero para abrir el camino; un cura que rechaza hasta un hecho tan loable como el dinero que pasa a los indios. Quiere preguntarle al cura si alguna vez les has pagado a los indios cuando los ocupa.<sup>12</sup>

Por supuesto, para de la Vega la explicación de no contar con el apoyo de los locales y tener que contratar gente y traerla desde otros lugares es simplemente que tiene una «general propensión de los indios de esta provincia al ocio y aragandería», y que solo se la conseguiría por medio de la justicia. La concesión que había logrado suponía la posibilidad de contratar gente de cuatro pueblos locales: Olleros, Diosan, Jambajalca y Quinjalca; 50 indios y sus 4 alcaldes; el jornal era de 2 reales por día a pesar de que según la costumbre local era pagar 1 real por día para abrir el camino a dichos Naranjos.

Pero los indios saben perfectamente lo que vale su trabajo: son en realidad 4 pesos por indio, por tarea y por cargas; un total de 58 pesos para los 50 indios además de 4ps para 4 alcaldes y 4ps para los dos mandones. Y supuestamente los indios no cumplen «no han obedecido por consejo de su cura en perjuicio de mi derecho del tráfico público y de los mismos indios que dejan de trabajar los 15 días que median hasta corpus». El cura era un fuerte problema, primero porque era el sacerdote reconocido del pueblo —deducimos que su representatividad local debe haber sido muy grande— y luego porque tenía la capacidad de tomar decisiones sobre los montes «como si fueran suyos» y se perdía la oportunidad de que la provincia enfrentara «una mejora grande con el descubrimiento de dicha cascarilla pues a los doce años de sacado ahora se pondrán los retoños en estado de sacar otra tanta mejor de la que hay ahora, porque los árboles son viejos»

La información dada nos indica que son árboles sembrados y no casuales manchas de cascarilla; incluso ya tuvieron una primera cosecha y ahora después de doce años, se les redescubre para ser explotadas nuevamente. Por tanto, no era como Vega señalaba de que los árboles se encontraban totalmente apartados, que el había financiado el encontrar esa mancha y que nadie sabía de la existencia de esos árboles. Lo más probable es que por eso ningún indio local debe haber querido ayudar porque ellos deben haber cuidado los árboles a la espera del beneficio en su debido tiempo y de pronto, las autoridades favorecen la explotación del avecindado en Chachapoyas (probablemente vecino reciente) y no la de la localidad. Incluso y con tal de tener acceso a la cascarilla, Vega se compromete a abrir el camino hacia la costa y hasta está dispuesto a compensar a la gente con algo más

12 Todas las referencias que se señalan están tomadas de los siguientes documentos: Archivo Regional de Trujillo, Sección Intendencia Leg 407; exp 2275 Chachapoyas 17may 1786. ART sección Intendencia Leg. 412; exp.2460

«que se le mandase». Pero los indios no son fáciles de convencer. Las autoridades convocan a los alcaldes de Diosan, Olleros y Lambajalca porque no cumplieron con abrir el camino y éstos llegaron con su protector de indios e intérprete, Don Pedro Cabanilla<sup>13</sup>. Quizás porque son árboles que la comunidad esperaba explotar, hasta el sacerdote también está a favor de los indios; los ayuda exonerándolos de trabajar con la excusa de ser la fiesta del Corpus Christi y tener los indios que participar en los ensayo. Es más, todos —indios, sacerdote, Vega, sus peones y las autoridades— reconocen que el camino habría sido hecho a pesar de la carta de excusa de trabajo por esas Fiestas del Corpus.

Algo semejante sucede con los indios de Chillaos en Bagua; un pueblo también que tiene el control de la producción local de la cascarilla y que, a pesar de ello, aparece el subdelegado y por tres interpósitas personas busca sacar la quinina. Por supuesto, los indios capturan a estos foráneos, los meten a la cárcel y se niegan a entregar su cascarilla; el sacerdote también interviene a favor de los indios y en contra de los foráneos. Los indios los capturan y aunque las autoridades intentan hacer valer el peso de la ley su condición no tiene mucho éxito con los indios.

### **De «producto de la tierra» a «materia prima»: A manera de conclusión**

De lo que se ha dicho, comprendemos que la búsqueda, hallazgo, producción, extracción y finalmente comercialización de la quina a partir de mediados de la segunda mitad del siglo XVIII fue la muestra de los nuevos vientos económicos. Por un lado, las reformas borbónicas en cuanto modernización de las estructuras de gobierno de la corona española y por otro, la preparación a lo que luego sería reconocido como el mercado en la economía capitalista. De allí que la cascarilla deja de ser un producto de la tierra y se convirtiera en una materia prima; es decir, en esa

manera de entender toda producto como abasto de las máquinas y de la producción fabril.

Justamente percibimos cómo el apogeo de la producción de la quinina lojana coincide con la definición de las nuevas reglas de juego: entre 1740 y 1770 se da el despegue de la demanda de la cascarilla. Buenas ganancias, pocos riesgos; son años en que los productos de recolección, agrícolas y pecuarios, cambian sutilmente su condición. La quina, aunque poco después el tabaco y el cacao, comienza a presionar sobre las redes mercantiles que los norteños habían tendido hacia el interior de esa gran región que se expande entre el sur del hoy Ecuador y el norte del Perú. Casualmente la ampliación del mercado y de la producción en distintos sitios del norte peruano y hasta del sur, se vincula al proceso que llevó a la construcción republicana: la separación e independencia de España y la creación de países autónomos.

Recordemos que las características de estas sierras del sur del Ecuador y del norte del Perú son muy especiales: son una suerte de llave entre los Andes septentrionales y los Centrales; en términos prehispánicos quien controlaba esta zona pues tenía el control de las riquezas del espacio centroandino. Quizás de allí que fuera siempre una zona belicosa; punto clave entre el Ande más bajo, las zonas de ceja de selva y la selva amazónica. La llegada de los españoles y su posterior instalación del virreinato (s. XVI-XVII) lanzó al olvido a esta región; con poco oro y con producción agro-ganadera, los locales se mantuvieron al margen de los grandes acontecimientos económicos. Pero mientras tanto, tejieron toda una urdimbre de redes mercantiles merced a su relativo aislamiento del interés gubernamental de la Corona; un aislamiento que consolidó circuitos que en su momento, probaron totalmente su utilidad. El momento simbólico fue con la quinina; su explotación fue el inicio del redescubrimiento de esta gran región agroganadera (segunda mitad del siglo XVIII).

Fue en estos momentos, cuando los productos de la tierra comenzaron a tener cada vez más mercado fuera del espacio local: puertos de salida, como Paíta o como Guayaquil con su bodega en Babahoyo, comenzaron a articular, de manera efectiva, el interior de las regiones con el exterior; particularmente el gran puerto fluvial con su comercialización cacao-tera. Mientras que la plata, el trigo y el azúcar (esta última sobre todo en el norte) encontraron espacio

13 Poco sabemos de este criollo Pedro Cabanillas; en todo caso que fue nombrado en el cargo el 9 de junio de 1786 y que probablemente si cumplía con su rol a cabalidad. Las autoridades fueron el Juez Subsidiario Joseph Fabian Rodriguez de Mendoza; Lorenzo Yalta, alcalde ordinario de Diosan, y Mariano Pinedo, alcalde ordinario del pueblo de Jambajalca. Ver los documentos mencionados ut supra.



diferenciado en la estructura comercial en torno a la ruta de la plata, mercancía como la cascarilla se insertó en un nuevo circuito de comercio concitando fuertemente la atención de los comerciantes: el signo del inicio de la creciente explotación de cacao, tabaco, algodón, cueros, sebos, pieles, entre otros; varios ejes de producción y comercialización en paralelo.

Los años de tránsito fueron los de 1770 y 1780 pero para fines de siglo, la situación se había definido. Y fue justamente en esos años cuando un producto como la quinina, cuya producción inicial había sido particularmente lojana, se convirtió simbólicamente en el producto estrella del Perú como para terminar por estar inserto en el escudo peruano (1825). Desde Ayabaca, Huancabamba, Cajamarca y Chachapoyas, espacio contraparte de Loja y Cuenca, se comenzó a cultivar árboles de quina e incluso se llevaron más al sur o se les encontró en zonas como Huanuco y hasta el Cusco. Un producto que potenció espacios como por ejemplo, Jaén, en la ceja de selva norte, de donde se extraía muy buena cascarilla además de que su cacao era reputado en Lima por ser de mejor calidad que el de Guayaquil y contar con el mejor tabaco, que luego se convirtió en una fuente más del contrabando.

El problema de las jurisdicciones no era realmente de consideración para los locales. Como en este caso de Jaén perteneció siempre a la diócesis de Trujillo, creada en 1616, pero política y administrativamente adscrito al virreinato de Nueva Granada desde su creación (1739); sus productos, por tanto, debieron ser comerciados en circuitos que pertenecían a otro virreinato y no en los del Perú. Pero las redes mercantiles vinculaban su producción de cascarilla a los circuitos norteños del virreinato del Perú; de allí también su opción por la república del Perú.

Las competencias se perciben en todo el espacio norte aunque, al parecer, de manera aislada. La competencia es abierta entre los que están y los que llegan con el colofón de que los que gana son estos últimos por cuanto están apoyados por las nuevas autoridades. No mantienen las estructuras tradicionales de comercialización ni los vínculos de parentesco y de amistad sino porque monetarizan las relaciones: el mercado comienza a definir la vida local y a imprimirle un sello de rapidez. Se establecen claramente dos modelos en el que el que representa a las sociedades agropastoriles complejas (sociedad tradicional)

simplemente pierde espacio ante un modelo urbano-criollo que comienza sus primeros pasos hacia lo que luego conoceríamos como capitalismo (sociedad moderna).

El ataque del foráneo hacia los locales no deja de ser interesante. En el discurso los indios son tildados de haraganes y desvirtuados como productores; los religiosos son señalados como competidores –ilegítimos– del mercado o protectores de la miseria por estar de lado de los indios. Por supuesto, la actividad tal como se presenta con las nuevas reglas de los foráneos es la oportunidad para que el gobierno encuentre una nueva forma de adelantar el país, entendida como zona provincial o región.

Los intereses económicos de cada espacio saltan a la palestra y no hacen más que mostrarse simbólicamente. La quinina en el norte del Perú fue a fines del XVIII e inicios del siglo XIX la fortaleza económica del norte; en el imaginario, la riqueza del país. Recién para 1880 en adelante, cuando el proceso no haga más que profundizarse y consolidarse, el algodón y sobre todo el azúcar tendrán el espacio preferente en las economías del norte peruano. Mientras tanto, la fuerza de la explotación de la cascarilla es simbólicamente igual a la de la lana del sur andino; Arequipa canaliza la lana de los camélidos puneños y se constituye en otro elemento del imaginario republicano temprano del Perú. Quininas en el norte y vicuña en el sur armadas y articuladas por una infraestructura gubernamental, institucionalizada a través de la capital, Lima: la cornucopia de oro, no en metal sino en monedas, producidas y selladas por una ceca establecida desde esta capital.

La explotación de la quinina se convierte en la punta de lanza de un sistema que no haría más que desenvolverse a lo largo de los siglos por venir. Ya no eran más señores de la guerra, súbditos o vasallos, que aceptaban y se organizaban en torno a un rey sino burgueses, mercaderes de artículos producidos por las fábricas y por la tecnología que no irían más que cuajando y desarrollándose constante y continuamente en los países ahora centrales; su batalla era lograr mercados y vender sus productos procesados. Las reglas de juego cambiarían como se transformaría el sentido y las necesidades en torno a la quinina; sus características de febrífugo serían reconocidas pero poco interesaría la pureza del producto, por ejemplo, por cuanto la industria química se haría cargo de la

producción final y de quitarle cualquier elemento extraño.

Como consecuencia, la riqueza inicial de la quina y su posición como producto bandera quedaría en el imaginario y particularmente en un escudo de la república peruana. Más como recuerdo de un pasado que se perdió en el tiempo y sobre todo como el ícono que refiere a la riqueza de tantos productos, obtenidos de la variada y fecunda naturaleza peruana, y que la sociedad industrial convertiría en simples materias primas. Se isinuaban los nuevos tiempos, la modernidad; se construía la sociedad industrial y sus manifestaciones políticas (naciones), económicas (capitalismo) y sociales (democracia). El nuevo orden implicaba construir una nueva simbología y nuevas representaciones y la fuerza de la quinina se convirtió en la fuerza y economía posible de la naciente república del Perú a la búsqueda de insertarse en el nuevo orden que se desplegaba.

## Bibliografía

- ALDANA RIVERA, Susana (2017). «Liberalismo, economía y región. El escenario norteño entre 1840 y 1930». En Contreras, Carlos; Hernández García, Elizabeth (eds.), *Historia económica del norte peruano. Señoríos, haciendas y minas en el espacio regional*. Lima: BCR, IEP. pp. 189-253.
- ALDANA RIVERA, Susana (2012). «Pensando la región. Una reflexión sobre el cambio y la diversidad, al todo y a las partes». En *Nueva Cronica. Revista Cibernética de la Facultad de Ciencias Sociales*. UNMSM. Lima, (01) 2012. pp. 296-313 (Recuperado de <http://sociales.unmsm.edu.pe/ftp/eap%20historia/nc2013%201.pdf>).
- ALDANA RIVERA, Susana (2002). «La otra historia, la historia regional». En *Histórica*. Lima, xxvi (1-2). pp. 83-124.
- ALDANA RIVERA, Susana (1999). *Poderes de una región de frontera: comercio y familia en el norte (Piura, 1700-1830)*. Lima: Panaca, 303 pp.
- ALDANA RIVERA, Susana (1996). «Malos vecinos»: competencia mercantil en la sociedad norteña colonial (Paita, década de 1810)» en: *Colonial Latin American Historical Review*.- Albuquerque NM, vol. 5 (3). pp. 261-286.
- ANDA AGUIRRE, Alfonso (2002). *La quina o cascarilla en Loja*. Loja: Universidad Técnica Particular de Loja, 192 pp.
- BUSSMANN, Rainer y Sharon DOUGKLAS (2006). «Traditional medicinal plant use in Northern Peru: tracking two thousand years of healing culture». En *Journal of Ethnobiology and Ethnomedicine*. 41 pp. [Recuperado: <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC1637095/>]
- ANDERSON, Benedict (19..). *The Spectre of Comparisons: Nationalism, Southeast Asia and the World*. London; New York, Verso, 374 pp.
- ANDERSON, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE, 313 pp.
- BRACK EGG, Antonio (2021). *La corteza peruana que salvó millones de vidas. Breve historia de la quina y la quinina*. Lima: Compañía Minera Poderosa.
- CHATTERJEE, Partha (1997). «La nación y sus campesinos» En: Rivera Cusicanqui, Silvia y Rossana Barragán. *Debates post-coloniales: una introducción a los estudios de subalternidad*. La Paz: Historias; Sefhis; Aruwiwiri. pp. 195-210
- CHATTERJEE, Partha (2007). *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Lima: Sefhis, Clasco, IEP, 287 pp.
- CHIARAMONTE, José Carlos (2004). *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias*. Buenos Aires: Sudamericana Pensamiento, 224 pp.
- CORAGGIO, José Luis (1989). *La cuestión regional en América Latina*. Lima: Ciudad, 690 pp.
- DÍAZ PRETELL, Frank (2018). Estrategias y redes de negociación del juez diputado de Trujillo, don Tiburcio de Urquiaga y Aguirre, 1780-1820. *Revista del Instituto Riva-Agüero*, 4 (1), 17-65.
- DÍAZ PRETELL, Frank. (2014). *Familia, fortuna y poder de un vasco noble: Don Tiburcio de Urquiaga y Aguirre, 1750-1850*. Trujillo: Universidad de Trujillo.
- DIEZ HURTADO, Alejandro (2003). *Elites y poderes locales: sociedades regionales ante la descentralización*. Lima: SER; DFID, 158 pp.
- ESPINOZA CLAUDIO, César (2019). Señores de la tierra y negros colonos en Piura y Querecotillo. Apuntes sobre la lucha por la libertad y los derechos civiles en el proceso de nacimiento de la república entre 1825-1855 En *Investigaciones Sociales*. Vol. 22, n°40, pp. 267-290
- ESPINOZA CLAUDIO, César (2017). Joaquín de Helguero y el pensamiento económico borbónico en Piura a comienzos del siglo XIX. *Investigaciones Sociales*, 21(38), 107-126.

- ESTERMANN, Josef (1998). *Filosofía Andina: estudio intercultural de la sabiduría autóctona andina*. Quito: Abya-Yala, 359 pp.
- GATES CHÁVEZ, Carlos (1997). *La historia inédita de los Chachapoyas: descendientes de los constructores de la fortaleza de Kuélap*. Lima: Universidad de San Martín de Porres.
- GELLNER, Ernest (1993). *Cultura, identidad y política: nacionalismo y los nuevos cambios sociales*. Barcelona: Gedisa, 202 pp.
- GELMAN, Jorge (2019). El desempeño económico de Hispanoamérica durante el siglo XVIII y las Reformas borbónicas En: *Cuadernos dieciochistas*, n°20, pp. 69-95.
- GÓMEZ CUMPA, José (s. f.). *Trujillo del Perú: Una visión ilustrada de la sociedad regional en el norte del Perú (siglos XVI-XVIII)*. Lambayeque: Universidad Nacional Pedro Ruiz Gallo [Recuperado: [https://www.academia.edu/12727513/Trujillo\\_del\\_Per%C3%BA\\_Una\\_visi%C3%B3n\\_ilustrada\\_de\\_la\\_sociedad\\_regional\\_en\\_el\\_norte\\_del\\_Per%C3%BA\\_siglos\\_XVI\\_XVIII\\_](https://www.academia.edu/12727513/Trujillo_del_Per%C3%BA_Una_visi%C3%B3n_ilustrada_de_la_sociedad_regional_en_el_norte_del_Per%C3%BA_siglos_XVI_XVIII_)]
- GUTIÉRREZ, Julissa (2020). Estrategias de inserción de un matrimonio de libertos en la sociedad piurana (Perú). Siglo XVIII. *Memoria y civilización* (23): [1-24] [Recuperado: <https://doi.org/10.15581/001.23.025>]
- GUTIÉRREZ RIVAS, Julissa (2005). Paita, una «puerta de entrada» del contrabando en el virreinato peruano (1700-1750). Lima: *BIRA* n°32, pp. 127-142.
- HERNÁNDEZ, Elizabeth (2017). «Articulación y diversificación de la economía del norte en la colonia tardía». En Contreras, Carlos; Hernández García, Elizabeth (Eds.). *Historia económica del norte peruano. Señoríos, haciendas y minas en el espacio regional*. Lima: BCR, IEP, pp.131-134 (Colección de Historia Regional).
- HERNÁNDEZ, Elizabeth (2008). *La élite piurana y la independencia del Perú: La lucha por la continuidad en la naciente república (1780-1824)*. Piura: Udep; Ira.
- MORA, Martín (2002). La teoría de las representaciones de Serge Moscovisi. *Athena Digital*, n°2 otoño, pp.1-25
- MOYA, Alba (1994). *Auge y crisis de la cascarilla en la Audiencia de Quito, Siglo XVIII*. Quito: Flacso.
- HOBBSAWM, Erick (1991). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica, 206 pp.
- HOCQUENGHEM, Anne Marie (1998). *Para vencer la muerte: Piura y Tumbes, raíces en el bosque seco y en la selva alta. Horizontes en el Pacífico y en la Amazonia*. Lima: CNRS; IFEA; INCAH.
- JARAMILLO, Miguel (1997). El comercio de la cascarilla en el norte peruano-sur ecuatoriano: evolución e impacto regional de una economía de exportación, 1750-1796». En: O'Phelan, Scarlett (ed); Saint-Geours, Yves (ed). *El norte en la historia regional, siglos XVIII-XIX*. Lima: IFEA; CIPCA. pp. 51-94.
- MWANGI KAGWANJA, Peter (1996). «Rethinking Democracy in Ethnically Divided Societies: A Reflection on Identity and Democratic Transition in Africa». En Ogot, Bethwell A. *Ethnicity, Nationalism and Democracy in Africa*. Kenya: Maseno University College. pp. 106-116.
- No, Song I (2008). *Cien años de contrabegemonía. transcultura y heterogeneidad*. Lima: UNMS, 256 pp.
- NORTH, Douglas (1995). «El proceso de institucionalización: continuidad y carácter». *Importancia de las instituciones en el desarrollo de una economía de mercado*. Lima: INDECOPI; PROMPERU; Instituto Apoyo.
- OLVIERA, Julio (1970). Breve historia del origen del tabaco en América y su difusión en Europa. *Arqueología y Sociedad*, (2), 55-58. [Recuperado: <https://doi.org/10.15381/arqueolsec.1970n2.e12802>]
- QUIJANA, Aníbal (1988). *Modernidad, identidad y utopía en América latina*. Lima: Sociedad & Política, 70 pp.
- RENAN, Ernest; Savarino, Franco Ed. digital (1882[2004]). ¿Qué es una nación? [Conferencia dictada en la Sorbona, París, el 11 de marzo de 1882].
- ROMEO CASTILLO, Abel (1983). *La independencia de Guayaquil. 9 de Octubre de 1820*. Guayaquil: Banco Central del Ecuador.
- SEMINARIO OJEDA, Miguel Arturo (1990). Martínez Compañón y la fundación de pueblos en el Obispado de Trujillo En *Boletín del Instituto Riva-Agüero* No. 17. pp. 411-418 [Recuperado: <http://www.acuedi.org/ddata/6376.pdf>]